

3751
1

CAMPOS ESCOLARES

POR

FRANCISCO GINER

PROFESOR EN LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

Y EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID

MADRID

3

Establecimiento tipográfico de EL CORREO, á cargo de F. Fernández

8—San Gregorio—8

1884



CAMPOS ESCOLARES

CAMPOS ESCOLARES

POR

FRANCISCO GINER

PROFESOR EN LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

Y EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID

MADRID

Establecimiento tipográfico de EL CORREO, á cargo de F. Fernández

8 — San Gregorio — 8

1884

ESQUELA UNIVERSITARIA DEL PROFESORADO
DE E. O. B. "FRAY LUIS DE LEON"
DE GUERCA

BIBLIOTECA

Reg. n. 42.540 A/593

DEPOSITO

DE

DOLORES TORRES BALDI

JUNIO 1918

DEPOSITO

DE

DOLORES TORRES BALDI

JUNIO 1918



Los medios físicos de que se sirve la Escuela para realizar su obra, se distinguen en dos categorías. Hay unos, directamente destinados á auxiliar la educación del niño, como son mapas, libros, globos, papel y demás útiles de escribir, aparatos, fotografías, estampas; en suma, todo cuanto dice relación puramente á las necesidades de su espíritu y se comprende bajo el nombre de *material de enseñanza*; otros, se refieren á las condiciones exteriores que, sin servir directamente para aquella obra, la hacen posible, favorecen ó dificultan. Tales son el local y el mobiliario, elementos tan enlazados con el material propiamente educativo é instructivo, que en ocasiones se confunden con él.

La importancia de estos elementos no siempre se ha reconocido. Principalmente, ha solido olvidarse la íntima relación que guarda, v. gr., el local de la Escuela con las funciones que dentro de él se cumplen, y á las cuales se estimaba casi del todo indiferente, salvo en aquellos casos extremos donde se imponía la necesidad de atender á dicha relación, para asegurar que cupiesen los niños—materialmente, al menos—en la clase, que tuviesen alguna luz, mala ó buena, mesas donde escribir, etcétera, etc.

Á esta indiferencia, hija excusable de la ignorancia, como

todas, ha sucedido en nuestro tiempo vivo interés por promover la mejora de las construcciones y mobiliario escolares. Alemania y Suiza dieron la señal, en punto á lo primero; los Estados Unidos, en cuanto á lo segundo (1). Pero en esta saludable reacción, que comienza á extenderse hasta nosotros, se han descuidado muchas veces los más razonables principios; porque, ni los constructores, por su parte, ni los maestros y pedagogos, por la suya, han solido procurar informarse convenientemente de las verdaderas exigencias del problema. De aquí que la mayoría de las nuevas escuelas, aun en los pueblos más adelantados, se hayan hecho sin atender á dichas exigencias, teniendo en cuenta, casi en exclusivo, ciertas reglas generales de arquitectura aplicables á muchas clases de edificios—es decir, sin estudiar lo que es una escuela—y sólo ahora es cuando empieza á comprenderse que hay que preocuparse de las condiciones peculiares de tal género de construcciones. Desde este momento, lo que podría llamarse la dictadura del arquitecto, está herida de muerte. Pero á esta dictadura amenaza sustituir otra, quizá más disculpable, aunque no menos parcial é injusta: la del médico, ó para hablar con mayor propiedad, del higienista. Todavía en el Congreso de Bruselas (1880), las cuestiones de local y mobiliario se han discutido—muy bien por cierto, en ocasiones—como pertenecientes á la higiene escolar (2).

Del exclusivismo de ambas dictaduras, la antigua y la novísima, nace que el movimiento actual, siendo tan fecundo, padezca de ciertos vicios, fáciles de corregir con sólo atender á los preceptos pedagógicos; y que las escuelas suizas y alemanas, entre otras, ó muchas de las últimamente construídas en París, muestren el más lamentable abandono en punto á condiciones de fundamental interés para la educación en los

(1) Los primeros estudios y ensayos hechos en Norte-América para dar á la mesa-banco ciertas condiciones, datan de 1854.

(2) Véanse los *Rapports préliminaires*, así como las *Discusiones* posteriormente dadas á luz, en 1883.—También Riant, *Hygiène et éducation dans les internats*, páginas 15 y siguientes.

niños y á cuyo estudio son igualmente ajenos arquitectos é higienistas. Mal puede disimular esta falta el lujo en los materiales, fachadas y decoraciones interiores; lujo casi siempre contrario á la idea y fines de estos edificios, y aun además, no pocas veces, á toda delicadeza estética. Reconozcamos de buen grado que los vicios anejos á la manía del *over-building*, como la llaman los ingleses, son harto más graves que los que nacen de la desproporcionada supremacía de los médicos. Bastará reparar que el derroche de sumas considerables, apenas se intenta levantar una escuela con arreglo al *gusto del día*, impide el desarrollo de las construcciones escolares, que no pueden, ni aumentarse, ni mejorarse; mientras que la verdadera necesidad es tener el mayor número de locales decentes y de buenos profesores, en lugar de unos cuantos tugurios inmundos, diseminados á razón de uno por cada dos ó tres leguas, donde se asfixia de alma y cuerpo á un centenar de niños bajo la guarda de un desdichado bracero, á que no es posible sin sarcasmo dar nombre de maestro, ni confiar sin terror y vergüenza la obra de fundar los cimientos de la educación nacional. Dígase si es otro, por desgracia, el cuadro que ofrecen muchísimas de nuestras llamadas *Escuelas incompletas*, ó de las rurales en Francia é Italia. ¿Qué importa que en medio de ellas sobresalga *sicut inter viburna* tal cual edificio suntuoso, quizá perfectamente inadecuado para llenar sus fines y á cuyos profesores á duras penas se concede una remuneración incomparable con el interés de las cuantiosas sumas invertidas en aquel verdadero monumento de la vanidad y el despilfarro!

He aquí por qué importa, en primer término, que en estos asuntos se reconozca al cabo el derecho de la pedagogía á intervenir, mejor dicho, á dirigir y señalar las bases fundamentales á que deben luego dar conveniente forma arquitecto y mueblista. El maestro no está llamado, sin duda, á decidir las condiciones de estabilidad de una construcción, por más que deba conocer de ellas lo necesario para poder determinar y aun

reducir sus exigencias; pero si á dar el programa á que ha de satisfacer, programa que es indispensable puntualizar muy al por menor: porque la casa-escuela se hace para la educación y la enseñanza, y debe acomodarse á este fin; no al contrario, como hoy frecuentísimamente acontece.

Llamar la atención de los maestros, los arquitectos, los médicos, las corporaciones populares, el Estado y aun de toda persona interesada por el bien público, sobre estos graves problemas y en particular sobre una de las primeras condiciones que deben reunir los locales escolares, teniendo en cuenta ante todo las necesidades, intereses y situación de nuestra patria, con las limitaciones naturales que imponen, es el objeto de las siguientes líneas.

I

El local de la Escuela debe obedecer á ciertos principios generales, y á otros peculiares, nacidos, ya de su destino especial, ya de las condiciones del país en el cual se edifica.

Primeramente, la Escuela, como la casa, como toda habitación, no es sino un medio de protegernos contra la intemperie, evitando sus molestias, amparando nuestra salud y dando mayor facilidad á la vida y sus diversas funciones. Desde la caverna primitiva al más suntuoso palacio, no son otra cosa. Podrá el arte haber hecho cada vez más confortable y bella la morada del hombre; pero si la vida al aire libre fuese siempre posible, ya para la salud, ya para la comodidad, ya para el mejor logro de nuestros varios fines individuales y sociales, nadie habría soñado en levantar casas ni ciudades, que, á pesar de sus refinamientos, traen consigo más de un grave é inevitable inconveniente. Esos refinamientos los mitigan; jamás los destruyen. Bajo el punto de vista de la higiene física, el único aire puro es el aire completamente libre, ó en otros términos, el aire del campo, cuya circulación y regeneración nada estorba; como es también el campo el lugar donde el ojo disfruta durante el día la luz más saludable, enteramente difusa, nacida de un solo foco aparente, no de varias superficies de reflexión, sin fatigarse por el cruzamiento de rayos de desigual intensidad; se entiende que el campo verde y sano, no el Sá-

hara, ó los pantanos de Valencia, ó las estepas del Asia. Ni son menores los daños que en otros respectos se siguen de vivir en centros populosos y dentro de espacios pequeños y cerrados, que acortan, al par del horizonte de la vista, también el del espíritu, é impiden por do quiera la sana y vivificadora contemplación de la naturaleza: con que parece menos extraña y se disculpa aquella afirmación de Rousseau, de que las ciudades son *los abismos de la especie humana*.

Así, el ideal de la habitación, de toda habitación, está en aproximarse hasta el último grado posible á la vida al aire libre, á la vida del campo, en condiciones higiénicas, en amplitud, en alegría. De esta verdad han nacido infinitos principios de la moderna arquitectura civil, tales como la proscripción de las alcobas interiores, la altura de los techos, la multiplicación de los huecos, la de los paseos y plazas públicas, el afán por purificar siempre la atmósfera viciada y hacer que lleguen á todas partes la luz y el oxígeno; y, por último, el desarrollo del sistema de casas aisladas, rodeadas, ya que no de verdadero campo, de una faja de verdor, al menos, que les dé independencia y las embellezca y sanée.

Esta ley general se impone á todos los países, sin distinción alguna, si bien en cada cual varían su modo y límite, que evidentemente no serán idénticos en el Ecuador y en la Laponia.

¿Cuáles son, ahora, las condiciones propias de nuestro clima, en relación con ella?

En la zona cantábrica, llueve con frecuencia; pero, en cambio, y por esto mismo, la temperatura de sus costas y de la mayoría de sus valles es muy igual y casi primaveral, á lo menos durante ocho ó nueve meses. La sequedad característica del resto de nuestro territorio disminuye, por no decir suprime, una de las causas que más restringen la posibilidad de vivir al aire libre. Donde, al año, caen 131^{mm} de lluvia, como en Salamanca (1); ó llueve 28 días, como en Alicante (2); ó hay 252

(1) Decenio de 1865-74. Todos estos datos son del *Anuario del Observatorio de Madrid*.

(2) 1875.

despejados, como en Valencia (1); ó sólo 49 cubiertos, como en Sevilla (2); donde la lluvia es todo un acontecimiento casi tan extraordinario y medroso como un temblor de tierra, perturba la vida normal y llega—en épocas ó localidades atrasadas—hasta á suspender los más graves negocios (3), no vale ciertamente la pena de invocarla para encerrarse en construcciones herméticas y tomar contra ella grandes precauciones. Vigo, Málaga, Murcia, Tarragona, son hoy preferidas por muchos médicos á Niza y demás estaciones italianas y francesas; nuestra costa del Mediterráneo goza del más templado clima de Europa, ya que, si tiene análoga latitud á las de Italia, sea por su mayor alejamiento de la Siberia, sea por el régimen de los vientos que en ella dominan, sea por otras causas, resulta mucho más dulce; y los rigores y bruscos cambios de temperatura, propios de la meseta central de la Península ($\frac{1}{3}$, escasamente, de su superficie), y que casi duplican su latitud, no son tales, sin embargo, que la temperatura media, semejante á la de Inglaterra, sea inferior á 10° en esa región, cuyas violentas oscilaciones exigen además severamente que se endurezca la piel, y en general que el cuerpo todo se habitúe á ellas, so pena de carecer de la energía necesaria para resistirlas, reobrar y aun convertirlas en influencia saludable. Si en alguna parte, pues, se debe tener la habitación abierta por todos lados y vivir punto menos que á la intemperie, es precisamente en España, ya por una, ya por otra razón. Así lo comprendieron los musulmanes, menos tímidos para con el aire y el agua (en sus varios usos y modos) que sus friolentos y acobardados sucesores.

Si esto vale de la casa, donde habita un corto número de personas, quizá ausentes de ella en sus negocios la mayor parte del

(1) Decenio indicado.

(2) Ídem, ídem.

(3) Se refiere que, á principios del siglo, cuando la educación de nuestra sociedad no había llegado á generalizar la máxima de que «nunca hay que contar con el buen tiempo» (una de las más características de los pueblos civilizados), se cerraban en los días lluviosos ciertas oficinas, poniendo en la puerta un cartel que decía: *Tiempo inclemente*. Recuérdese también el refrán de la Universidad de Salamanca: *quando canales currunt, scolares non concurrunt*.

día, ¿qué decir de la Escuela? Y sin embargo, la extensión superficial que un artesano acomodado reputaría insuficiente para su familia, es decir, para cinco ó seis individuos, se juzga capaz de albergar á 50, 60, 100 y aun más niños, que han de pasar en ella de seis á ocho horas diariamente y casi sin interrupción, en un aire viciado, con una luz defectuosa, en una cárcel sucia y repugnante, sin vistas al campo, ni apenas al cielo, sentados en posición casi invariable, porque no tienen sitio donde moverse más que lo puramente indispensable para salir y entrar... ¡Juzgue cualquiera qué sería la casa cuya área se hubiese calculado á razón de 50 centímetros, y aunque fuese de un metro cuadrado, por persona!

Cuando se considera que los niños de las clases rurales más pobres, por sólo criarse casi todo el día al aire libre, andando, corriendo y jugando, es decir, ejercitando sus músculos libremente también—ejercicio decididamente superior, para ciertos fines, á la gimnástica regulada—compensan en muchísimos casos la mala alimentación, el desaseo de las personas y viviendas, la falta, en suma, de las condiciones higiénicas más elementales, se comprende el inmenso interés que para la salud y para el desarrollo de la infancia tienen estos dos factores: la luz y el aire libre. Cuando á la potente energía de ambos se añade la de un grado de bienestar y de cultura que disminuya siquiera la usual escasez de pan y policía, el niño del campo es el más hermoso niño del mundo, el más acabado tipo de su edad, cuya robustez, espontaneidad y alegría envidia la madre de los grandes centros para sus pobres hijos, anémico aborto de una civilización enferma, á un tiempo encogidos y desvergonzados, macilentos, entristecidos y precoces. ¡Cuántas de esas madres confirmarán con pena tan dolorosa observación y pedirían, si esperasen ser oídas, que la Escuela, supliendo en este, como en otros puntos, su penuria de medios, cese siquiera de destruir la salud de los niños, ya que no cumpla su misión de promover, al par con la educación de su espíritu, la de sus fuerzas corporales!

Estos principios traerán ya por sí solos, en su día, la necesidad de conceder una extensión inmensa á los edificios escolares; las áreas máximas hoy calculadas en Europa han de parecer dentro de poco mezquinas. Ya se comprende que dicho aumento supone otro correspondiente en el presupuesto de esta clase de construcciones, aumento que, sin embargo, no pocas veces sería posible compensar con la disminución de otros gastos innecesarios en el lujo y decoración de las fábricas; sobre que sería insignificante en la mayoría de las ocasiones, porque si en Madrid ó en Barcelona el pié de terreno cuesta caro, en una aldea está poco menos que de valde.

En algunas comarcas de nuestro país es todavía frecuente hallar instalada la Escuela en el portal de la iglesia, debajo de un cobertizo que apenas resguarda á los niños del viento, el sol y la lluvia. Pues bien; las personas sensatas que se hayan detenido á reflexionar con interés sobre este asunto, no extrañarán pueda afirmarse que esas escuelas son preferibles á muchísimas otras, levantadas *ad hoc*, en muy principales ciudades, merced á generosos sacrificios, pero donde los niños, unas veces sin espacio, otras sin luz, sin aire puro, sin horizonte, se envenenan y aprenden á aborrecer la enseñanza y aun toda clase de trabajo. Así es que, tan luégo como en uno de esos locales improvisados se introducen ciertas mejoras y cierta policía, resulta una Escuela de condiciones higienicas, y aun pedagógicas, más aceptables que las de aquellas otras. Há poco más de un año, visitando varios compañeros de la *Institución Libre* las escuelas, monumentos y espléndidos paisajes de Asturias, tuvimos amplia ocasión de entristecernos con el espectáculo que muchos de estos locales ofrecen: el de la iglesia de Pendueles, inmundo zaquizami, «donde toda incomodidad tiene asiento;» el de Ambás, en la cual los pobres niños escriben hincados de rodillas, sirviéndoles de mesa los poyos que circundan el atrio; el de Sariegomuerto, que entre sus cinco desvencijadas bancas, su encerado y su silla, presentaba un montón de tejas rotas, las parihuelas donde se conducen los cadáveres y

otros artículos análogos de mobiliario religioso, amén de un fogón destinado á fines harto diversos del de la enseñanza... ¡sería nunca acabar! Pero no lejos de este último foco de nuestra educación nacional, en la Vallada de San Justo, hay uno de esos atrios, ya adecentado, mejorado, cerrado con vidrieras, que daba gusto verlo. Porque aquellos pobres niños, aquel pobre maestro, establecidos en tan humilde albergue, tienen, sin embargo, no sólo un horizonte y un paisaje admirables, y un campo de juego, y un jardín, y un material botánico, geográfico y geológico que ¡cuántos maestros y niños de las grandes ciudades les envidiarían! sino más luz, más aire, más alegría, más salubridad que todas las escuelas de Madrid... ¿qué digo de Madrid? que muchos suntuosos Colegios, en cuyos dormitorios y clases se respira ese infecto *olor á hombre* que Zola nos describe. Mucho mejor que todos ellos es el atrio de San Justo, con una sola condición: que ni el maestro ni los niños se prenden demasiado de sus vidrieras.

Ya se comprende que esto no quiere decir que esas escuelas de portal sean superiores á las buenas escuelas; mas sí á muchísimas de las que se construyen con ciertas pretensiones (en Asturias mismo, para seguir el ejemplo), y á los pésimos locales alquilados donde tantas veces se las instala en las ciudades. ¿Qué ha de hacer, v. gr., un maestro, por celoso que sea, en muchos de los de Madrid, si es que no en casi todos? ¿Cómo se ingeniará para aumentar la superficie, la cubicación, la luz, el horizonte; cómo suplirá el campo de juego; cómo suprimirá el ruido de la calle, la inmundicia de los retretes, la mezcla con los vecinos de los demás cuartos de la casa?... Pues llevadlo á una de esas aldeas, y ya veréis lo que un hombre inteligente, de buen sentido y vocación, es capaz de lograr en el portal de una iglesia. Día llegará en que esta suposición será un hecho; tan luego como se llegue á entender que en la aldea, mucho más que en la ciudad; en la aldea, cuya escuela constituye casi el único factor, y desde luego el primero y más importante de cultura, es donde se necesitan maestros de primer orden, cuya

falta en los centros populosos suplen, en cierto límite, otras fuerzas intelectuales y morales, que engendran una atmósfera general superior para la vida y los intereses del espíritu. El niño de la ciudad, si tiene la desgracia de no hallar en la escuela dirección conveniente para sus facultades, encontrará en esa atmósfera, en las condiciones de la sociedad en que se desenvuelve y muchas veces en su misma familia, no sólo abundante enseñanza, sino reglas, formas, tendencias, costumbres, principios de conducta inspirados en ideas y gustos más elevados, que lo educan insensiblemente. ¡A las aldeas, pues, nuestros mejores maestros! que si en todas partes vienen bien, adonde con más imperiosa urgencia hay que enviarlos, no es ciertamente á Madrid, Valencia ó Barcelona, como no es á Berlín ni á Londres adonde en primer término envían sus misioneros las corporaciones religiosas.

II

En las aldeas, además, y puesto que hablamos de locales escolares, es donde pueden hallarse con mayor facilidad todos los elementos necesarios para estos. En efecto, para tener una buena escuela, lo único importante es contar con la mayor extensión posible de terreno salubre. Los inconvenientes de orientación, emplazamiento, etc., desaparecen tan luego como se logra esta primordial condición. Con un solar grande y sano, es punto ménos que imposible no tener una escuela admirable; sean cualesquiera las dificultades que para su construcción oponga la escasez de medios intelectuales ó materiales de la localidad, y que se orillan harto más simplemente que las que nacen de la insuficiencia de terreno.

A este principio de *la mayor extensión posible*, se objetará, quizá, que no es lícito dar á las clases y demás dependencias anejas proporciones que excedan de las que su propio destino les impone. Pero si dejamos á un lado la cuestión sobre los inconvenientes que se achacan á las clases demasiado grandes, nadie sin duda pensará que, al pedir, por ejemplo, para cada escuela una hectárea, ó dos, ó tres, ó cuantas más puedan alcanzarse, sea con la extraña mira de levantar en ellas edificios que se midan por leguas cuadradas. Bajo el imperio, irracional ya hoy, de la antigua pedagogia, del antiguo intelectualismo dogmático y verbalista, que sólo atendía á la inteligencia del

niño, y en la inteligencia, ante todo, á la memoria (hasta donde esta parcialidad era compatible con la naturaleza de la educación y del hombre), se olvida aún con demasiada frecuencia, por una parte, que la misión de la Escuela es ante todo educativa; por otra, que la primera instrucción es la que se saca de las mismas cosas, no de la palabra del maestro; y que sólo á la imposibilidad (mayor ó menor, según los tiempos) de aprender y conocer todos los objetos de este modo directo, se debe la existencia de la *clase*, destinada á suplir esa limitación y á coordinar los datos adquiridos en la vida real, no de otra manera que como procede el geólogo para coordinar é interpretar en su gabinete los de sus excursiones. Mas, ¿qué tienen de extraño estas preocupaciones y rutinas, cuando treinta años después de muerto Froebel se establecen do quiera, hasta en su patria misma, *Jardines de la infancia*, en los cuales nada falta del método froebeliano: dones, trenzados, picados, cánticos... nada, salvo el jardín, es decir, salvo el espíritu del admirable pedagogo?

De todo lo cual se desprende que, si la Escuela necesita una gran extensión de terreno, es porque no consta sólo de la clase, sino que debe tener anejo un *campo*. No meramente un jardín ó un huerto, elemento interesantísimo, ya para ciertas enseñanzas, ya para educar la fantasía; ni menos un patio, estancue de aire corrompido é inmóvil—que dice un higienista—(1) incapaz de reanimar la energía del cuerpo, y aun de renovar la atmósfera viciada de las clases. El *campo escolar* es á la vez todo eso, pero infinito más que todo eso. Por mucho que se reduzcan las condiciones de una Escuela, por modestas que sean sus exigencias, jamás debe renunciar á este elemento, tan importante, *por lo menos*, como la clase misma, y cuya necesidad es á la par higiénica y pedagógica: no sólo higiénica, como se ha pretendido en ocasiones.

Con efecto, en el primer sentido, no es posible tolerar que los niños permanezcan horas y horas seguidas en un local ce-

(1) Riant, *Intern.*, 34 y 38.

rrado: primero, porque el aire se vicia tan rápidamente como lo han demostrado Chaumont y Petenkofer; después, porque higienistas y pedagogos reconocen hoy de consuno la imperiosa exigencia de interrumpir los ejercicios escolares, cuando menos de hora en hora, por medio de descansos, en los cuales no ya se les permita, sino se les estimule á jugar, á estirar sus músculos, contraídos demasiado tiempo en una posición que consiente muy escasos cambios, sobre todo en los antiguos sistemas, todavía desgraciadamente en uso, que obligan al niño á permanecer en silencio durante la clase, y á ocupar en ella un sitio fijo (aun para los ejercicios que menos lo requieren), el cual no puede abandonar sin licencia expresa del maestro. Ahora bien; la experiencia y la razón confirman la inmensa distancia que existe entre un descanso dentro del mismo local de la clase (cuya atmósfera sigue además consumiéndose) y otro al descubierto, donde hay mucha más anchura, no sólo para los movimientos del niño, sino para el esparcimiento de su imaginación—que también pide espacio;—y donde todos los elementos naturales, desde el aire y la luz, de que el niño ha menester tanto como la planta, hasta la noble contemplación del cielo, de los árboles, flores, pájaros, insectos, y, á ser posible, del paisaje, excitan las fuerzas radicales de su vida física, reaniman y alegran su espíritu y compensan precisamente, por el género de actividades corporales y psíquicas que estimulan, el cansancio y temporal agotamiento de las que ha tenido que ejercitar en la clase.

Para decirlo de una vez: sólo descansa jugando, y sólo el juego al aire libre es completo.

Cuando se le deja durante las lecciones aquella discreta libertad para hablar, y moverse, y variar de sitio, y *hasta distraerse*, de que debe gozar en todas partes; cuando los ejercicios más diversos alternan convenientemente, la interrupción de dichas lecciones, la licencia para entrar y salir de una clase á otra, ó á un pasillo, etc., no introduce en la actividad del educando una mudanza tan radical como se necesita, ni sirve,

por tanto, para la compensación indicada; sino que le mantiene en el mismo género de ocupación, con diferencias casi imperceptibles, cambiando sólo el objeto, continuidad é intensidad de su atención y sus conversaciones: única variación posible en estos casos. Sin duda, una de las primeras leyes pedagógicas es la de la variedad, que alimenta el interés del alumno y atiende paralelamente al desarrollo de sus facultades; y esta ley trae ya consigo algún reposo. Así, una conversación sobre arqueología, repara en parte el cansancio de otra sobre matemáticas; diez minutos de gimnasia, una hora de dibujo ó de trabajo manual, permiten volver con gusto á la discusión de un problema moral ó de historia.—Pero esta alternativa no basta.

El niño necesita interrumpir la serie de sus trabajos, por varia, discreta y sóbria que sea, mediante el juego, que estimula el ejercicio de sus facultades de un modo diferente, y le ofrece la esfera de acción donde acaso puede desenvolver más su personalidad y propia iniciativa, porque en ella casi todo se encuentra confiado á su dirección, gusto y albedrío. No siempre quizá se tiene en cuenta el poder educador del juego en este como en tantos otros respectos. Los niños que no juegan, ó hablando con más propiedad (pues esto sería imposible), juegan poco y de una manera sedentaria, tienen también muy escasa personalidad, porque no se ha procurado excitar el libre desplegamiento de sus fuerzas psico-físicas en esa esfera donde la fantasía, soberana potencia directriz, halla alimento sano, en vez de entregarse á contemplaciones románticas; acentuándose con ella la individualidad, el vigor varonil, la animación, la alegría, el bien del cuerpo y el del alma, gravemente comprometidos en los niños llamados *juiciosos*; es decir, quietos, serios y taciturnos; y excusado es decir que todo esto sólo puede tener lugar al aire libre.

Igual compensación necesita el maestro, de cuyas fuerzas, aun cuando más desarrolladas que las de su discípulo, no es lícito usar y abusar ilimitadamente. También él se cansa y se

fatiga: y ¡ay de la escuela donde el pobre maestro cuenta impaciente en el reloj los minutos que aún faltan para dar por terminada su clase! Cuando el campo escolar, destinado, por consecuencia de su benéfico influjo, á hacer atractiva la enseñanza para el educador y el educando, ponga al servicio de uno y otro el más potente medio quizá de reanimar sus fuerzas y conservarles una frescura, una elasticidad y un encanto casi indefinidos durante todo el día, será menos frecuente que hoy el triste, pero instructivo espectáculo, que ofrecen al espíritu observador esos maestros cuyo semblante, modos y hasta desaliño revelan el profundo tedio que la Escuela les causa.

III

El campo escolar desempeña múltiples funciones. Sin necesidad de insistir en los servicios que puede prestar, ya con sus plantas, para la enseñanza de la botánica y de la agricultura, ya con el relieve y accidentes de su suelo para el de la geografía y la topografía, ya con los minerales de sus capas, ó con los animales que en él se recojan, para la mineralogía y zoología respectivamente; ya, en mil y mil aspectos, para el dibujo, la física y la química experimentales, la gimnástica, la geometría, etc., etc., conviene observar que, borrando toda limitación, siempre que el tiempo ú otras circunstancias no lo impidan, la enseñanza, es decir, *todas* las enseñanzas, deben darse con preferencia al aire libre: forma perfectamente aplicable, en muchas ocasiones, aun á aquellas que parecen más sedentarias é inseparables de la clase cubierta y cerrada, v. gr., la de la lectura y escritura, para cuyos primeros rudimentos recomiendan tantos pedagogos se aproveche el trazado en la arena, etc.

Mas con ser todos estos servicios tan importantes, no son quizá de tan vivo interés pedagógico como el que en otro orden puede prestar á la Escuela. Ofrece, con efecto, el campo escolar al maestro la ocasión mejor, por lo común, para influir en sus discípulos con la mayor energía. Aunque el número de alumnos de cada clase se reduzca al límite que reclaman las exigencias de la educación, poniendo al cabo término al irra-

cional hacinamiento que hoy se consiente todavía entre nosotros; y por más que el sistema directo, al par individual y simultáneo, las conversaciones familiares y el procedimiento intuitivo, sustituyendo á los monitores, y á las explicaciones dogmáticas, y al libro de texto. y á las respuestas de memoria, permitan atender á cada niño en grado infinitamente superior al de los antiguos métodos y sistemas, la indole colectiva de la clase impide al maestro, por una parte, sorprender al espíritu de aquél en su manifestación más espontánea, y por otra, entrar con él en esa intimidad personal é individualísima, primera condición de su influjo y que pide cierta discreta reserva.

Ahora, sin esta cualidad, aun tratándose de caracteres abiertos, puede asegurarse que jamás llegará á promover esos sinceros movimientos en que el educando deja ver hasta el fondo toda su alma.

La expansión de los niños, durante su descanso en el campo escolar, en un espacio libre y anchuroso, permite á un tiempo observar sus cualidades y su estado y entablar con cada cual de ellos uno de esos diálogos que acrecientan los vínculos internos de que depende la eficacia de toda acción pedagógica, de toda corrección moral, y en general de todo intento de mejora efectiva. En medio del juego, cuando el niño se siente más dueño de su libre actividad (nunca debe dejar de serlo), que puede bien emplear como quiera, es cuando mejor puede estudiar y conocer á sus educandos un maestro hábil, atento á su obra y dotado de ese espíritu de observación, sin el que es imposible el tratamiento individual, y por tanto la verdadera eficacia, que en la educación, como en la medicina, nunca debe esperarse de fórmulas y recetas abstractas, sino de descender á la aplicación peculiar que piden cada individuo y caso. Entonces es cuando cabe sorprender el carácter, inclinaciones, aptitudes y defectos del educando, que, abandonado — al parecer por lo menos — á sí propio, sintiéndose emancipado casi de toda regla exterior, que por flexible que la supongamos, siendo exterior, tiene siempre algo de general y seca, de-

ja manifestarse sus tendencias, tales como se desenvuelven en su espíritu. Por esto el juego, honor de la pedagogía fröbeliana, pero el juego en todo el concepto de tal (no limitado á los trabajos manuales, que es como por desgracia se le entiende todavía en los más de los *Jardines de la infancia*), aparte de su valor higiénico, de su interés artístico para la actividad creadora, de su excitación á la fantasía, tiene tan alto valor pedagógico en el sentido que acaba de indicarse, que no hay mayor error que el de suponerlo—según todavía suele hacerse—actividad peculiar de la primera infancia, de los párvulos. Antes por el contrario, debe extenderse á toda Escuela, ¿qué digo á la Escuela? á todo centro de educación digno de este nombre, y aun á todas las edades de la vida, en cada cual á su modo. Los pueblos que, como Inglaterra y la Grecia antigua, han seguido tan salvador principio, lejos de aplaudir la precocidad, la reputan como una triste dolencia, cuyo calor febril seca la flor antes de tiempo, para dar un fruto pobre y abortivo. Precisamente el juego es uno de los ejercicios que hacen más niño al niño, y al par más hombre al hombre: donde los niños no juegan, ¿cómo ha de formarse ni salir una generación vigorosa? Por el contrario, en aquellas otras naciones, el juego, iniciado desde la primera infancia, llega á ser una institución nacional; el niño siempre es niño, el joven siempre joven; y en vez de una decrepitud precoz, propia de generaciones endebles y aburridas, las aptitudes se perpetúan, y la frescura, animación y alegría de una vida varonil y sana, llegan hasta los mismos umbrales de la muerte.

Poco ha, un escritor concienzudo, el Dr. F. Pécaut, llamaba la atención de los pedagogos, y en general de todos los hombres reflexivos, sobre la gravedad que entraña la decadencia de los juegos corporales en Francia (1). Esta decadencia, dice,

(1) *Los jeux dans l'éducation*, en la *Rev. pédagogique* de París, núm. del 15 de Nov. de 1882. No menos interesante y sólida es la crítica que de la gimnasia, comparada al juego, hace Mr. Guillaume en su artículo *Gymnastique scolaire* (*Rev. de Belgique*, número del 15 de Abril de 1883), cuyo sentido es muy superior al que en el particular inspira en los pedagogos y gobernantes franceses.

causa y síntoma á la vez de la enervación física y moral de los caracteres, acobardados ante el esfuerzo y la fatiga, arrastra á los hombres al café, á la taberna, al garito y otras diversiones más ó menos malsanas, y deja confiada la patria á gentes enfermizas, sedentarias y muelles. Para remediar esta falta de vigor y fortalecer una raza empobrecida, hay que inspirarle el gusto de los ejercicios corporales hasta enamorarla de la actividad y la energía; y esto no puede conseguirse por las varias formas de *sport* imitadas de Inglaterra (1), las cuales se refieren á hombres hechos y á la clase más rica y menos numerosa, cuyos hábitos no pueden, por tanto, extenderse á toda la nación; sino acudiendo al niño, á la educación fundamental y primaria, que es la raíz de donde cabe únicamente esperar el remedio, y dando á los juegos corporales en esa educación el valor que les corresponde, y que no puede sustituirse por la gimnasia, utilísima, sin duda, en otras relaciones.

En los mismos días en que el Dr. Pécaut proclamaba la importancia del juego, principalmente bajo el punto de vista físico, una de las más respetables autoridades de nuestro país, y aun de toda Europa, en cuestiones de beneficencia, penitenciaria y reforma social, la señora Doña Concepción Arenal (2), insistía por su parte en otro aspecto del problema, que en cierto modo completa las consideraciones del escritor francés, á saber: el de su trascendencia para una esfera capital de la vida del espíritu, la formación y desarrollo de sus gustos en punto á diversiones, ó sea la de su educación estética; toda vez que el juego, como en otro sentido ha afirmado el mismo Spencer, representa un primer momento de la creación poética de la fantasía. El problema de dirigir este género de actividad en el niño—

(1) También las tenemos nacionales, entre las que no incluimos ciertamente las vergonzosas corridas de toros.

(2) *Observaciones sobre «La educación física, intelectual y moral» de H. Spencer; en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza de Madrid, número del 30 de Noviembre de 1882.*—En este artículo interesantísimo, la señora Arenal defiende también, contra Spencer, la simultaneidad de la educación, base de la enseñanza cíclica ó concéntrica, en vez del sistema lineal y sucesivo en uso.

problema cuya trascendencia Spencer no reconoce bastante, llevado de su preocupación en cuanto á la posterioridad del arte estético respecto de otros fines que reputa más indispensables, v. gr., el de la conservación individual y social—es de tan capital interés, en sentir de la escritora española, que de él pende en primer término que el hombre se salve ó se corrompa; ya que la causa más fundamental de sus extravíos está principalmente en sus diversiones, para atender á las cuales «pierde tantas veces la salud, la fortuna, la virtud y la honra.» Al fin y al cabo—dice M. Pécaut—todo el mundo tiene que salir de casa, buscar á la gente, dar de algún modo expansión al espíritu. El niño y el hombre, afirma la señora Arenal, necesitan saber divertirse; si no saben hacerlo de una manera noble y sana, lo harán brutalmente, con depravación y grosería.

Si se medita cual es debido sobre estas consideraciones, ¿cómo discutir siquiera la necesidad del campo escolar, donde únicamente pueden realizarse esos juegos?

Hay todavía otro punto de vista, que no es lícito desatender tampoco y que conviene indicar, siquiera brevemente.

En el sistema escolar todavía reinante, que abruma monstruosamente al maestro y al discípulo, hasta casi agotar sus fuerzas intelectuales (cuando ambos llenan sus respectivos deberes), en todas partes se clama, con sobrado motivo, por la reducción de las horas de escuela, anhelado remedio á tanta fatiga y desventura. La índole y fastidiosa monotonía de los trabajos; la pobreza de sus programas; la falta de descanso libre suficiente, con que interrumpir siquiera de hora en hora las lecciones; el menosprecio del juego y aun de toda actividad corporal; la organización pedagógica de las clases, sus condiciones materiales... todo contradice sobremana á los más elementales principios de la higiene física y mental; y pocos progresos serían comparables, mientras impere el actual sistema, al que realizaría la disminución de las horas de escuela, que, en tales condiciones, no debieran exceder quizá de dos ó tres al día, separadas por un largo intervalo, que dejase respi-

rar y vivir al niño y al maestro, hoy víctimas ambos de tan imperfecto orden de cosas.

Por el contrario, una vez respetadas las fuerzas de uno y otro; reducido á su debido límite el tiempo de trabajo intelectual; suprimido casi en absoluto el de aquél en su casa, sustituyéndolo por el ejercicio hecho en clase; compensados y alternados entre sí los varios estudios con la mayor diversidad posible, y todos ellos, historia, dibujo, derecho, gimnástica, geografía, canto, filosofía, trabajo manual, literatura, trabajos de laboratorio, excursiones, etc., etc., con el juego libre, que debe considerarse como una de las más principales partes del programa; aumentado, por último, el personal docente de cada Escuela hasta proporcionar al maestro el necesario tiempo para su descanso y para sus asuntos personales, ese problema, hoy tan apremiante, de la reducción de las horas, pierde todo interés. Más aún: dada la organización actual de nuestra sociedad, supuesta la cultura de la gran mayoría de las familias españolas, su modo de vivir y de entender la educación de sus hijos, no pocas veces esa reducción sería un mal grave; porque en pocas casas se encontraría el niño, no ya mejor, sino tan bien cuidado y dirigido en todos respectos como en una escuela así ordenada, y al lado de un maestro digno de este nombre y colocado en situación de cumplir debidamente sus funciones. Ahora, pocos elementos contribuirán á este fin como el campo escolar, con tal, se entienda, de que se use. Porque si de él hubiera de hacerse la aplicación que en ciertos centros de enseñanza se le da, teniéndolo cerrado á los alumnos y limitándolo, á lo sumo, al fin de proporcionar á la clase de botánica flores, hojas y demás órganos vegetales, que jamás se procura hacerles observar *en vivo*, esa utilidad sería harto inferior á los sacrificios que en no pocos casos supone. El célebre colegio de Vaugirard, por ejemplo, en París, antes propio de la Compañía de Jesús, posee un magnífico parque, adonde los niños van... una vez por semana; y otro tanto puede decirse, poco más ó menos, del Liceo de Vanves, el colegio de

los dominicos de Arcueil, el de Sainte-Barbe y muchas instituciones públicas y privadas que, poseyendo hermosos sitios de esparcimiento y recreo, parecen más bien considerarlos como un elemento decorativo, destinado á aumentar el lujo y aparato exterior de sus ostentosos locales, que como un factor para la educación de sus alumnos, en la cual, ó no los utilizan, ó lo hacen insuficientemente. En cuanto á nosotros, pocos son los centros de enseñanza dotados, no ya de un verdadero campo, sino siquiera de un jardín, contentándose los más con un triste patio; pero es menor todavía el número de los que hacen uso de estas dependencias para sus verdaderos fines naturales (1).

(1) Justo es consignar en este lugar con agradecimiento, que desde el curso anterior se ha abierto á los estudiantes de la Universidad de Madrid é Instituto anejo, el hasta ahora inútil jardín del edificio. Los Sres. Albarela, Riaño y Pisa han prestado con esto un verdadero servicio á la cultura.

IV

Con efecto, dichos fines son varios, y exigen una distribución adecuada del terreno que se les destina. Por ejemplo, el de aislar y sanear la escuela requiere, como acabamos de decir, que se la rodee de una zona continua, cuya anchura sea por lo menos doble de la altura máxima usual de los edificios en cada población. Esta zona puede servir al par, ya de escuela botánica, ya para ciertos ensayos de horticultura y jardinería; con tal de cuidar de que no se pongan en ella árboles grandes, á menos de alejarlos de la clase, hasta que no le intercepten la luz, ni traigan humedades sobre sus paredes. A ser posible, convendrá destinar á otros pequeños cultivos en común, en que todos los alumnos puedan tomar parte, una porción más cuadrada y recogida, como de cinco á seis áreas siquiera, ya que no quepa imitar el sistema de los jardines Fröbel, señalando á cada cual una parcela, cuyas dimensiones mínimas oscilen, según las edades, desde 0,70 ó 0,80 á 2 ó 3 metros cuadrados.

En cuanto al campo de juego, debe calcularse al menos á razón de 1m² para cada niño de los menores y 9 para los mayores. Su figura debe aproximarse á la rectangular, ó á la elíptica, por ser las más favorables para que los niños formen libremente grupos con sus amigos y compañeros de edad, sin estorbarse, así como para correr y saltar, ó entregarse á los juegos que tienen estos movimientos por base; algunos ejer-

cicios gimnásticos sin aparatos, la pelota y los bolos, en sus diversas combinaciones, es lo que mejor puede recomendarse. El suelo de esta parte ha de estar seco, saneando (si fuese necesario) por medio de un drenaje, zanjás, tubos, pozos, etc., la capa impermeable que pudiera mantener la humedad, y dándole la pendiente debida (0,02 por metro) para que corran las aguas, que se recogerán en regueras soladas de asfalto ú hormigón. Además, el firme de grava, análogo al de las carreteras, se cubrirá con una capa de arena, no tan fina que levante polvo (perjudicial para los ojos y los órganos respiratorios, por lo cual debe regarse ligeramente en verano), ni tan gruesa que dificulte los juegos y carreras de los niños: en general, podría tener de 0,001 á 0,002 de diámetro. Sin embargo, cuando el campo de juego, como acontece con los *play grounds* de Inglaterra, tiene por fortuna dimensiones suficientes para asignar á cada alumno un área (100 m²), el mejor y más higiénico suelo en todos sentidos es la yerba, muy corta, para que se conserve bastante seca. Ya se comprende que un espacio reducido impide esta excelente disposición, porque la yerba se destruiría á fuerza de hollar casi constantemente un mismo sitio. Pero á ser factible—y lo es siempre que hay terreno disponible y barato (v. gr. en las aldeas), nada más sano, más agradable ni más educador para las fuerzas físicas y espirituales, no ya del niño, sino del mismo hombre adulto, que una anchurosa pradera, libre en el centro, lejos de toda pared alta que le robe aire y sol, rodeada de árboles, dotada de una faja para el cultivo y estudio de las plantas usuales, y abierta con un simple seto ó una empalizada baja sobre el más ámplio horizonte posible.

Por grave desgracia ha de reputarse verse obligado á prescindir de estas dimensiones. Y sin embargo, por más extraño que parezca, todavía hay quien opina que un campo de juego demasiado grande estimula el abuso que de sus fuerzas corporales puede hacer el niño, cuando se agita con exceso hasta rendirse y agotarse. Lo peor es que no ha faltado quien ponga en práctica estos lastimosos principios, proponiendo y aun

realizando que, no ya los campos, sino hasta los patios demasiado grandes, se subdividan *juiciosamente*, formando verdaderos rediles en que amontonar y entristecer á los pobres niños! (1)

Por el contrario, el principio es que la Escuela disponga siempre del máximun de campo. El exceso que cometa un niño en sus juegos, como en cualquiera otra cosa, debe evitarse y corregirse por la educación, dirección y vigilancia de sus maestros, y no por mecanismos que harían á éste completamente innecesario. Otro tanto debe decirse de la prescripción vigente en algunos países, v. gr., en los Liceos é Internados de Francia, de separar los patios de juego de los niños de diferentes edades. Cuando el maestro es maestro, y tiene vocación, y sirve para su oficio, y no se avergüenza de cumplirlo, ya por mundana y visible vanidad, ya por la preocupación intelectualista, que le lleva á reducir su obra á la mera instrucción, abandonando los momentos quizá más importantes para la obra educativa, como son el juego, la comida, el paseo, etc., á un personal subalterno sin su autoridad ni su competencia, se comprenden todos estos absurdos, hijos de ese sistema mecánico aplicado en ciertas escuelas de párvulos y salas de asilo, y sobre el cual es de sentir no quepa tratar detenidamente ahora. Aquí, y no en otras causas, es donde debe buscarse la primera raíz de aquella indisciplina exterior (fruto y expresión de la interna), de que en Francia acaba de dar grave ejemplo el Liceo de Luis-el-Grande. Qué ha de pasar, cuando se comienza por aglomerar en un mismo local nada menos que 1900 alumnos, como acontece en el Liceo Condorcet, y se confía el cuidado de su disciplina, no á muchos y muy eminentes educadores, sino..... á dos vigilantes! (2)

(1) Riant, *L'hygiène et l'éducation dans les intern.*, 60 y 61—cita estos hechos, si bien con la correspondiente censura.

(2) Véase el artículo de M. Gréard, *L'esprit de discipline dans l'éducation* (*Rev. péd.*, de Noviembre último), donde este ilustre é infatigable promovedor de la educación popular no parece, con todo, indicar claramente la verdadera relación entre la educación y la disciplina.

Volviendo á las condiciones del campo de juego, si hay que establecer en él aceras enlosadas ó asfaltadas para mantener la comunicación del edificio principal con otras dependencias, jamás deben resaltar sobre el piso, á fin de evitar los accidentes que podrían ocurrir á los niños al tropezar en ellas. Los árboles han de estar colocados alrededor del espacio libre, con objeto de que no estorben para el juego y pueda, á la vez, aprovecharse en los momentos de descanso su sombra. En nuestro clima, incluso en la zona cantábrica, no hay, por fortuna, que gastar en salas ni patios cubiertos para dichos juegos (*préaux couverts*), bastando, á lo sumo, un simple cobertizo que abrigue del sol ó de la lluvia y expuesto al S. ó al E., según las localidades. El suelo de esta parte, á pesar de que suele recomendarse sea de asfalto ó cemento, es preferible tenga una capa de arena algo más gruesa que la que cubre el campo, á fin de que se mantenga bien seco y limpio de lodo.

Por último, los bancos, que hay quien piensa deben suprimirse, para impedir que los niños se sienten y obligarlos á estar de pie y jugando (nueva prueba del principio mecánico en la pedagogía), deben situarse también de modo que no estorben la libertad de sus movimientos; los mejores son quizá de hierro, con el asiento de celosía de madera, para que escurra el agua. Los retretes y urinarios que, además de los que debe haber dentro del edificio, hayan de establecerse en el campo escolar, tendrán las mismas condiciones higiénicas que éstos, y se disimularán entre árboles y verdor, al contrario de lo que muchos proponen (!). Debe colocarse también en el campo de juego una fuente de agua potable, si bien el uso que de ella han de hacer los niños requiere cierta discreción. En efecto, después del juego, sienten necesidad de beber; pero, en opinión de algunos higienistas, no es conveniente satisfacerla con el agua fría, que expone á la supresión repentina de la transpiración, ni con la templada, que es indigesta; y recomiendan la adopción de cualquier bebida refrigerante, tónica é inocente, tales como las que suelen darse á los soldados en las marchas ó

maniobras penosas; por ejemplo, dos partes de agua y una de vino (nunca vinagre), ó una infusión ligera de café ó de té (1). Sin duda, todo esto supone gastos; pero no parece menos importante la salud de los niños que la de los soldados. Antes al contrario, aunque se atienda únicamente al interés público y social que presenta el fortalecimiento de nuestra raza, sobre todo la de nuestras ciudades, tan enteca y anémica, por medio de una educación y de un cuidado que disminuyan su mortalidad y creen un pueblo vigoroso, ágil y resistente, incluso para la profesión de las armas, no hay higiene que pueda merecer ni recompensar los sacrificios realizados en su obsequio, como la higiene de la infancia y las escuelas.

Precisamente por esto no concluiremos esta parte sin una consideración, á saber: la de que siempre que sea factible, se den al campo de juego mayores proporciones en las escuelas urbanas que en las rurales, donde otros elementos y otro género de vida vienen á suplir la insuficiencia de los locales escolares.

(1) En esto nos limitamos á extractar á Riant.—Intern, 222.

V

Con ser este programa tan razonable, que sus ventajas no se oscurecerán á persona alguna, hay una objeción contra la posibilidad de realizarlo, cuya importancia no es lícito desconocer. «En las grandes ciudades—se dirá—tanto á causa del precio, cuanto por otras varias razones, ¿sería fácil disponer del terreno necesario para ese campo escolar?» Aun reduciendo las exigencias al último límite aceptable, implican siempre una superficie doble, y aun triple de la que hoy suele consagrarse, por término medio, á una escuela; y esto, so pena de prescindir de toda condición económica, no cabe sino en las poblaciones pequeñas. De otra suerte, habría que establecer las escuelas en puntos alejados de los barrios á cuyo vecindario han de servir; con lo cual, la distancia que los niños tendrían que recorrer cada día nada menos que cuatro veces (dado el sistema actual de idas y venidas), podría resultar en ocasiones tan excesiva, que quizá todo el tiempo se les fuese en andarla. Considérese además la fatiga que á los más pequeños impondrían tales distancias, la molestia de las familias para acompañarlos, el abandono y difícil vigilancia de los que fuesen solos, y tantos otros muchos inconvenientes.

A estas objeciones cabría contestar desde luego que, á fuerza de dinero, aun en los barrios más céntricos de las ciudades más populosas, podría, sin disputa, obtenerse lo que la salud y

la educación necesitan; y esta respuesta sería tanto menos absurda, cuanto que precisamente en esos grandes centros, únicos cuyas distancias se invocan, es también donde más abundan los recursos para atender á condiciones que no son privativas de la Escuela, sino comunes á todas aquellas instituciones, sea cualquiera su índole, que aglomeran á muchos individuos en un mismo local: v. gr., hospitales, prisiones, asilos, cuarteles, etc. Sin embargo, aun cuando no mediase la conveniencia de aconsejar lo más llano y hacedero, y no aterrar á nuestra ignorancia (más que á nuestra pobreza) ante la perspectiva de grandes sacrificios pecuniarios, razones de orden superior impiden apelar, al menos normalmente, á este sistema que, salvo en rarísimas ocasiones, debe posponerse á otro harto más practicable y económico, á saber: el de trasladar la Escuela á las afueras de la población.

Detengámonos aquí un momento.

Ya, por todo lo que antecede, puede colegirse la necesidad de evitar en el emplazamiento de la Escuela todas aquellas condiciones contrarias á las exigencias de su misión social. Entre aquellas, se halla la demasiada proximidad á otros edificios, de que siempre deberá alejársela, cuando menos el doble de la altura de aquellos, para que no le intercepten la luz ni el aire. Igualmente hay que alejarla de terrenos húmedos, pantanos y aguas estancadas, ríos de escasa corriente, etc., hasta distancia conveniente de sus nieblas y emanaciones, que extienden una atmósfera favorable á la conservación y propagación de los miasmas; como también de cualquier lugar peligroso ó aun simplemente molesto, como ciertas fábricas, cementerios, depósitos de abonos, materias inflamables y explosivas, parajes ruidosos, calles de excesiva circulación, cuarteles, campanarios, prisiones, conventos, colegios de internos, hospitales, vías férreas, plazas de toros, burdeles, casas de juego, tabernas, loterías... todo lo cual compromete la seguridad, ó la salud, ó la tranquilidad, ó la moralidad de los alumnos, ó el atractivo que la Escuela debe poseer para ellos. El ruido, por ejemplo, disipa la

atención del niño, obligándolo, para fijarla, á esfuerzos violentos y perjudiciales á su sistema nervioso, é impone á la par al maestro la necesidad de alzar el tono y aumentar la intensidad de su voz, con detrimento de sus órganos respiratorios: sin salir de Madrid, podrian citarse casos de padecimientos muy graves contraídos por profesores, á consecuencia de estos esfuerzos; aun prescindiendo del tono mate y apagado de la voz que se observa en la mayoría de los que dirigen clases demasiado numerosas. Otro ejemplo. La falta de horizonte dilatado, lo más dilatado posible, estrecha al espíritu, estorba su animación y obra del modo más funesto en la educación é higiene de la vista, favoreciendo el desarrollo de la miopia escolar, por impedir el saludable ejercicio de mirar á grandes distancias y producir el hábito contrario de aplicar este sentido sólo á lo más cercano y pequeño. Riant, autoridad poco sospechosa, por ser contrario al sistema de alejar del centro á las escuelas, confiesa todos estos inconvenientes (1); y el último Congreso de higiene, celebrado en Agosto último en Ginebra, como el de enseñanza de Bruselas, ya citado, se han pronunciado unánimemente contra el antiguo principio, que llegaba hasta á afanarse con encono por impedir que el niño dirigiese la mirada á otro sitio que á las paredes de la clase, colocando las ventanas á la altura necesaria para hacer imposible esta causa de *distracción*, como aún se dice (2).

Algunas de estas malas condiciones se evitan, sin duda, con el campo escolar; que, rodeando por todas partes al edificio, lo aparta de las casas, calles y otras vecindades peligrosas; pero desde luego se comprende que esta precaución es insuficiente para otras muchas. Todas ellas, hasta donde humanamente es posible, sólo pueden lograrse haciendo de la Escuela la última casa de la ciudad, ó mejor, la primera del campo; para decirlo de una vez, poniendo en la Escuela rural el ideal á que, por lo menos, debe aproximarse toda Escuela, cuando circunstancias

(1) *Hyg. des internats*; 21-25.—*Hyg. scolaire*; 12, 13, 14.

(2) Narjoux, *Ecoles primaires et salles d'asile*, 107.

especiales impidan realizarlo por completo. Esta transformación de la Escuela urbana en rural, que la coloca en el medio más favorable para su obra grata, reposada y civilizadora, conviene perseguirla hasta el punto de tener en cuenta, al edificarse todo local escolar, el incremento probable de población respectiva hacia aquel lado, á fin de calcular la duración media del edificio y poderlo abandonar cuando, extendida aquella más allá de la zona donde se hallase éste emplazado, lo rodée de habitaciones, haciéndole perder sus antiguas ventajas. Sustituyéndolo entonces por otro más alejado, será posible, además, acomodarlo á las nuevas y legítimas exigencias que cada día impone un continuo progreso. Semejante renovación de tiempo en tiempo, altamente recomendable asimismo por razones de higiene (1), exige la más severa economía en la construcción, con la proscripción consiguiente de toda decoración ostentosa; y no pocas veces cabe llevarla á cabo sin sacrificio, ó con corto sacrificio al menos: v, gr., á causa del aumento de valor que hayan podido adquirir entre tanto los terrenos de la antigua Escuela.

Ahora bien, nadie negará la perfecta posibilidad de llenar estos requisitos en la inmensa mayoría de nuestras poblaciones (incluso capitales de provincia), que son, á Dios gracias, de corto vecindario. Y sin embargo, ¡cuántas escuelas hay, hasta en verdaderas aldeas, situadas en medio de callejas estrechas é inmundas, cuando á 50 ó 60 metros tenían á su disposición un magnífico campo! Tal es el influjo de la rutina teórica y práctica. Y es que también en las aldeas hay barrios céntricos y apartados; porque la fantasía, una vez habituada á un cierto espacio, como que se incrusta en él y mide relativamente todas sus distancias en proporción á las dimensiones totales de aquel; 20 metros pueden representar en lugares dados más que un kilómetro en otros, y son tan $\frac{1}{3}$ de 60 como 1.000 de 3.000. Tén-

(1) Sabido es que, por ejemplo, en los Estados Unidos, se hacen muchas veces construcciones ligeras para escuelas, hospitales, etc., las cuales se abandonan pasado cierto tiempo, durante el cual se infectan de miasmas, por más precauciones que se adoptan.

gase, no obstante, en cuenta que esta acción de la fantasía para establecer proporcionalmente la magnitud de las distancias locales, es perfectamente corregible por un criterio objetivo, como el del cansancio, ó el del tiempo que usualmente se invierte en recorrerlas.

Vengamos á las grandes poblaciones. Cuando se trata de ciudades como París, Londres, Viena, verdaderas enfermedades de nuestra sociedad, en sus condiciones actuales, una triste necesidad puede obligar tal vez, hoy por hoy, á colocar en distritos completamente céntricos cierto número de escuelas. Pero, en tales casos, cuando no se pueda pasar por otro punto, hay que reducir ese número todo lo posible, seguir en las otras la regla general, llevándolas al campo, y dotar á las primeras de cuantos elementos puedan compensar en parte su desfavorable situación, comenzando por un campo escolar, que (ya se ha dicho con otro motivo) debe ser mayor, si cabe, que el de las escuelas propiamente rurales. Las economías que en el emplazamiento de las demás se obtendrán irremisiblemente, satisfarán en parte los sacrificios que toda escuela céntrica reclama, como una verdadera criatura enfermiza, cuya vida y salud cuesta siempre mucho. Quizá un día, la creciente baratura de los medios de transporte permitirá que aun esas mismas escuelas se descentralicen, realizándose entonces por completo el ideal de convertirlas todas en rurales. Mas entre tanto, ¿es lícito envenenar, so pretexto de educación, á las generaciones futuras? Esto, aun prescindiendo de la enseñanza obligatoria, que impone tantas veces ese envenenamiento, por razón de Estado, sobre todo á los habitantes de los pueblos pequeños (donde en general no suele haber otras escuelas que las públicas), así como á los niños poco acomodados de las ciudades, que difícilmente pueden elegir sino entre aquéllas y los edificios, frecuentemente peores, á que les convidan la caridad ó la piedad religiosa!

Pero si por el pronto hay que conservar en esas capitales algunas escuelas en los barrios céntricos, apresurémonos á de-

clarar que, gracias á Dios, en España no hay para qué preocuparse de este problema; ¡ojalá no llegase á haber nunca motivo de alarma! Las distancias máximas que en nuestras más extensas poblaciones median desde el centro á la periferia (y no todo el mundo vive en el centro) son bastante pequeñas, al menos bajo el punto de vista que ahora nos ocupa. En Madrid, el radio, contado desde la Puerta del Sol al límite del ensanche, apenas pasa de 2^k. En Sevilla, es próximamente igual; y menor en Barcelona, Valencia, Valladolid y Zaragoza, que en extensión le siguen.

Ahora bien; supongamos que haya de continuar indefinidamente en vigor nuestra viciosa organización escolar, según la cual, los niños van á almorzar á sus casas en el espacio que media entre la clase de la mañana y la de la tarde, en lugar de adoptar, como empieza á hacerse en Francia, el sistema seguido con los párvulos. En esta hipótesis, teniendo que andar cuatro veces al día el camino de la casa á la Escuela, el niño que habitase á mayor distancia de ésta (sólo una reducida minoría) debería recorrer en esas cuatro veces próximamente 8 km; distancia que, á la edad escolar primaria, que entre nosotros no es inferior á los seis años, puede muy bien andarse diariamente, no ya dividida en cuatro tramos, como se haría entonces, con descansos intermedios más que suficientes, sino en sólo dos veces á lo sumo. Además, este paseo es grandemente higiénico, lejos de ofrecer inconveniente alguno. Ciertó que las personas que acompañan á los niños (cuando los acompañan) gastarán algún más tiempo; pero este aumento vale bien poco, comparado con los graves perjuicios que causa el someter á la pobre criatura, y al no menos desgraciado maestro, á un régimen contrario á su salud y á la eficacia de su misma obra. En cuanto á los alumnos que van solos y habitan lejos, caso que suele presentarse como el más grave, si la Escuela y la familia cumplen sus respectivos deberes y caminan de acuerdo en cuanto á la puntualidad en las horas de clase, y en general respecto á la disciplina y educación de esos niños,

la distancia larga no será más peligrosa que la corta: porque el peligro no está en lo corto ó lo largo del camino, sino en el estado moral y social del discípulo, que bien puede abusar, como acontece, aunque sólo tenga que volver la esquina. Cuando semejante acuerdo no existe, y la familia, ó el maestro, ó ambos descuidan su misión, de más es decir que no hay que buscar la garantía en la reducción de la distancia. Hasta ahora, ni en educación, ni en política, ni en otra esfera alguna, se ha alcanzado jamás á asegurar un fin cualquiera, cuyo cumplimiento dependa del interior, por medio de esos sistemas de garantías externas: con estar tan en boga, merced al espíritu mecánico, formalista y determinista de la sociedad contemporánea. Además, tal vez convendría estudiar el problema del restablecimiento de los antiguos *ayos*, que recogían á los niños de sus respectivas casas, acompañándolos á la Escuela, y viceversa: aunque las personas encargadas de este servicio fuesen, como antes solía acontecer, muy inferiores á las condiciones que en realidad implica, siempre equivaldrían por lo menos á un criado de mediana calidad, al que remplazarían sin grave inconveniente.

No hay, pues, motivo alguno para repugnar un sistema que sólo nuestros hábitos de centralización, nuestra pereza, nuestra debilidad moral y física, nuestro desprecio del vigor personal pueden hacer que se mire con desconfianza.

U.C.L.M. Biblioteca General (Cuenca)



4028551

A/593